

EDITORIAL

La moda ambiental y el dominio de la naturaleza por parte del hombre

The environmental boom and human control over nature

A mediados del próximo año está prevista la reunión Rio + 10, en la ciudad de Johannesburgo, África del Sur. Esta reunión mundial, que proyecta congregarse a más de un centenar de jefes de Estado, está siendo convocada por la ONU, con el objeto de discutir los problemas ambientales del planeta. La misma dará continuación a las discusiones iniciadas en la ECO 92, realizada en Rio de Janeiro, Brasil, en 1992.

Si nos detenemos a observar lo que se ha hecho en materia ambiental entre 1992 y el 2001, el balance no es muy alentador. Existe plena conciencia de que el planeta ya no tiene la misma capacidad de recuperación ante el uso y abuso que de los recursos naturales ha venido haciendo el hombre desde el siglo XVIII, pero en particular en los últimos 50 años y, nada sugiere que el encuentro de Johannesburgo vaya a mejorar significativamente la situación de creciente deterioro ambiental. ¿Qué nos reclama la Tierra a los hombres? Nos reclama: o trabajamos a favor de reestablecer el equilibrio entre ella y nosotros o no podremos cumplir con el objetivo de garantizar una calidad de vida similar a la nuestra, a las generaciones futuras.

La historia del hombre nos indica que ella es la historia de la ruptura progresiva entre éste y su hábitat. Este proceso sin duda se aceleró desde el momento en que el hombre se descubre a sí mismo como individuo e inicia, lo que Milton Santos, denomina la mecanización del planeta, con el único afán de pretender su dominación. A partir de la revolución industrial, los hombres precipitamos la artificialidad de la naturaleza. Cada vez demandamos más de ella, bajo el loable lema de construir una vida mejor.

¿Qué ha pasado en estos trescientos años? Los seres humanos, a pesar del gran esfuerzo que hemos hecho –conciente o no– por distanciarnos de nuestro origen en tanto que seres vivos, convivimos en un entorno social que es inseparable del ambiental en el que desplegamos nuestras acciones. Por tanto, los “ataques” al ambiente, no son otra cosa que ataques a nuestro medio de vida. Este proceso nos muestra con claridad como ha sido el enfrentamiento entre la historia humana y la historia del planeta.

En realidad, ¿cuándo el ambiente –en singular– se transforma en un problema? Todavía hasta mediados del siglo próximo pasado, la preocupación con nuestro entorno se limitaba, en términos generales, a ver el ambiente en singular. Es decir, hasta ese momento el ambiente se reducía a “nuestro entorno”, bajo la concepción de que toda acción humana tenía su medio ambiente. Tantas culturas, tantas sociedades, tantos ambientes, en plural. No existía nada en esos medios ambientes que nos hiciera pensar en un solo medio ambiente; en un ambiente global, en singular.

Nuestro entorno era visto como el gran reservorio de nuestras acciones; por tanto, el ambiente era todo lo que nos rodeaba, en tanto que asumido como complemento de un conjunto. Cuando el ambiente se torna global –y por tanto singular– dejó de ser lo que nos rodeaba de forma directa, para pasar a ser algo que nos invade y de lo que tenemos que ocuparnos. La capa de ozono formaba parte de nuestro(s) ambiente(s), en tanto estaba infinitamente distante del acto de apretar un aerosol; sin embargo, ella se tornó parte de “nuestro” ambiente, desde el momento en que no podemos apretar un aerosol sin sentirnos inquietos por lo que este acto significa para ella. Igual cosa sucede con el calentamiento global, las emisiones de dióxido de carbono, los transgénicos.

Todos estos problemas que dicen con respecto al ambiente nos remiten a la propia historia del hombre y al cómo éste lo ha asumido. Hoy en día forma parte de nuestro cotidiano la preocupación por tal o cual especie en peligro de extinción, muchas de las cuales sólo hemos visto en películas o en programas de televisión. Ahora, estas películas no nos muestran más especies que debemos “domar”, y que viven en una naturaleza salvaje que nos inquieta. No, ahora el mensaje es que después de haber llevado la civilización a la naturaleza, nuestro deber para con ésta es la de protegerla de nosotros mismos.

Pasamos de un acto “civilizatorio” a uno “protector” de la naturaleza. Pasamos de “violadores” de una naturaleza supuestamente dominable, gracias a las revoluciones científico-técnicas, a pelear entre nosotros por los pingüinos del Atlántico Sur y las manchas de petróleo que aparecen en su ruta migratoria; por la pérdida progresiva del hábitat del oso panda en la China ante la marcha implacable de la civilización. No importa si son los papagayos de la selva amazónica o los elefantes de Tailandia: la naturaleza debe ser protegida.

La madre naturaleza ya no es la diosa. Ella se ha tornado infinitamente frágil, desprotegida, mucho más que el hombre. Y por tanto, debemos protegerla, pero de nosotros mismo. Ahora, ¿cómo lo que antes debía ser conquistado, ahora tenemos que proteger? ¿Cómo lo que antes era infinito se tornó finito y frágil? ¿Cómo incluir a la naturaleza en lo que llamamos civilización?

Nadie puede negar que si continuamos sin mirar al planeta como nuestro hábitat, su respuesta va a resultar muy dolorosa para los seres humanos. Resulta por tanto,

impostergable que los estudiosos de las ciencias humanas aceptemos que la variable ambiental debe ser considerada e incorporada en nuestros análisis. Sólo que esta incorporación debe pasar por el entendido de que no estamos fuera de la naturaleza y que nuestra relación con ella debe encaminarse hacia el respeto mutuo; un respeto que no puede cobijarse bajo la consigna de que nuestros actos han contribuido a su destrucción.

Una actitud semejante sólo reafirmaría una conducta de separación entre nosotros y nuestro hábitat. Por el contrario, debemos asumir una conducta que transmita, de manera inobjetable, que aceptamos estar en igualdad de condiciones que el resto de los seres vivos y, que al igual que estas “otras sociedades” tenemos que internalizar a la naturaleza, ya que no existe un exterior humano. Ahora no podremos apretar más un aerosol sin el temor de destruir la capa de ozono. Ahora sabemos que nuestras acciones pueden ser peligrosas para todos. La explotación de la naturaleza no nos coloca fuera de ella; ella sólo nos define como una cultura particular.

Delfina Trinca Figuera
Editora Responsable

Nota: muchas de las ideas aquí discutidas fueron inspiradas en el estudio de Bruno Latour *et. al.* 1998. *Crises dos meios ambientes: desafios às ciencias humanas.* En: **Tecnociência e cultura. Ensaaios sobre o tempo presente.** 91-125. Editora Estação Liberdade Ltda. São Paulo.